

Federico Supervielle Bergés

EL ALBATROS Y LOS PIRATAS DE GALGUDUUD

La historia de una patente de corso en el s. XXI

© Federico Supervielle Bergés, *El Albatros y los piratas de Galguduud*

Maquetación editorial: Georgia Delena
Diseño de cubierta: Sara García
www.maquetacionlibros.com

Primera edición: diciembre 2018

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Al Abuelo

Agradecimientos:

A mi mujer, Diana, por su apoyo incondicional.

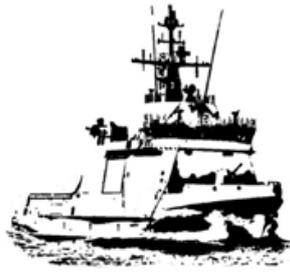
A mis padres por hacerme lo que soy.

A toda mi familia y amigos por los ánimos.

*A la Armada Española, por darme la
oportunidad de desarrollar mi vocación y, en
concreto, a los patrulleros Infanta Elena y
Tornado y a la fragata Victoria.*

ÍNDICE

CAPÍTULO UNO.....	11
CAPÍTULO DOS.....	35
CAPÍTULO TRES.....	55
CAPÍTULO CUATRO.....	73
CAPÍTULO CINCO.....	91
CAPÍTULO SEIS.....	121
CAPÍTULO SIETE.....	143
CAPÍTULO OCHO.....	163
CAPÍTULO NUEVE.....	181
CAPÍTULO DIEZ.....	205
CAPÍTULO ONCE.....	233
CAPÍTULO DOCE.....	255
CAPÍTULO TRECE.....	279
CAPÍTULO CATORCE.....	305
CAPÍTULO QUINCE.....	333
CAPÍTULO DIECISÉIS.....	355
EPÍLOGO.....	365



CAPÍTULO UNO

Friedrich Gotthelf colgó el teléfono derrotado. En momentos como aquel, que el teléfono fuese de última generación o que la agenda estuviese repleta de los números de los empresarios más exitosos del mundo -en especial los del mundo del petróleo-, de personalidades e incluso famosos de todo el planeta y de más de un político, no importaba. El rico despacho -si se puede llamar despacho a una habitación más grande que la mayoría de los apartamentos- no le daba ninguna satisfacción; ni tan siquiera el sillón ergonómico de veinticinco mil euros le parecía cómodo. Después de lo que acababa de hacer todos sus éxitos desaparecían tras una nube que solo le dejaba ver el fracaso. ¡Por tercera vez en veinte meses!

Con la última llamada Gotthelf acababa de confirmar el pago del rescate del superpetrolero Dufourspitze, uno de los doce de la compañía Alps Tankers; su principal fuente de ingresos. Traducir el nombre al inglés había sido recomendación de uno de esos asesores que recibía sueldos estratosféricos por trabajos que, en opinión del magnate, no generaban beneficio alguno, pero que

eran parte del negocio. En cualquier caso, a esos malditos piratas somalíes no parecía importarles el nombre de la compañía. Ni su nacionalidad, bandera, cargo, destino o cualquier otra cosa. Asaltaban cualquier barco que se encontraran navegando cerca -y no tan cerca- de Somalia mientras que les pareciese viable y luego exigían el rescate. El Dufourspitze, junto con el Finsteraarhorn, el Nordend, el Aletschhorn, el Zumsteinspitze y los demás tenían que pasar por Somalia y atravesar el Golfo de Adén si no querían alargar su trayecto de forma que no resultase ni la mitad de rentable. Y en los negocios todo giraba en torno a la rentabilidad. Aunque después de pagar el último rescate, Gotthelf estaba seguro de que en los últimos veinte meses le hubiese sido más rentable mandar a su flota por la larga travesía que doblaba el Cabo de Buena Esperanza.

Hacía muy poco que habían empezado las extracciones de petróleo en Tanzania y su compañía había obtenido el contrato para transportar el crudo a los puertos europeos, pero eso significaba atravesar toda la zona de influencia de los piratas somalíes.

«¡Maldición!»

Desde su despacho en el distrito comercial de Zúrich todo parecía bastante sencillo. Si los países civilizados se pusieran de acuerdo en hacer algo... Pero no había manera de conseguir que esos políticos se arriesgaran. No iban a hacer nada que pudiese comprometer unos cientos de miles de votos en las siguientes elecciones. Y eso era cierto para todos los países occidentales. Esa era una de las razones por las que a sus 61 años ya había rechazado varias ofertas de gobiernos helvéticos para ponerse a la cabeza de la cartera de Economía. Su experiencia y contactos eran bien conocidos, pero la política no era para él. Los negocios eran mucho más sencillos; consigue más dinero gastando menos y no lo estarás haciendo mal. Y siempre hay opción a mejorar. En política no; un día estás arriba y el otro abajo, eso es tan cierto como que el sol sale por el Este.

Casi todos los países occidentales con intereses en la zona tenían allí uno o varios barcos de guerra patrullando y cogiendo

un esquiife aquí y otro allí, pero no era suficiente. Los piratas no eran tontos y con experiencia y el dinero de los rescates habían redoblado sus esfuerzos y mejorado sus técnicas. Todo aquel que entendía del tema aseguraba que la única forma de acabar con aquello era cortar el problema de raíz atacando a los piratas en sus bases en tierra. Sin embargo, ningún gobierno u organización internacional parecía enterarse. El empresario suizo sabía que ese no era el problema. El problema radicaba en que Somalia era un estado fallido y que, obviamente, para realizar esos ataques había que entrar en aguas territoriales y en territorio somalí. Y sin una cabeza de estado visible de la que obtener permiso, ningún gobierno iba a enfrentarse a una posible opinión pública en contra. Gotthelf no entendía qué podía ver la gente de malo en atacar a unos piratas, aparte de los posibles daños colaterales a civiles. Pero ahí estaba la clave... estaban demasiado bien acostumbrados a la paz, allí en Suiza los primeros, para aceptar a unos pocos civiles -extranjeros, además- como únicas posibles víctimas de una operación militar. Además de los propios militares claro. Uno se habitúa a pensar que los militares mueren porque es parte de su trabajo, pero también hay que computarlos, ¿no?

En cualquier caso, estaba claro que solo con la ayuda de los gobiernos occidentales no se iba a lograr nada. El vicepresidente del incipiente gobierno somalí, que no controlaba ni la mitad del país, había hablado con él varias veces. Parecía un hombre adecuado para su puesto y tenía buenas ideas e iniciativa, pero nada con lo que llevarlas a cabo. El somalí proponía varias cosas, desde un ejército que tomase el país por la fuerza a incursiones aéreas o navales, pero nadie parecía escucharle. Los países occidentales estaban demasiado absortos en mantener sus renqueantes democracias como para atender a peticiones de un gobierno que apenas gobernaba. Y hoy en día, fuera de los gobiernos, ¿qué quedaba? Hacía mucho que la época de los mercenarios había acabado, aunque algunos considerasen a la gloriosa Guardia Suiza del Vaticano como tales. En la guerra naval

también habían existido... ¿cómo se llamaban?... Corsarios. Eso es. Pero hacía siglos que ningún corsario surcaba los mares. No eran más que recuerdos de épocas pasadas.

Y entonces lo vio todo claro. Era una idea loca pero ¿por qué no? En cualquier caso, si quería desarrollarla necesitaba alguien versado en el tema... ¿Pero quién? Era obvio que nadie en Suiza tendría esa experiencia. Él mismo nunca había pisado ninguno de sus barcos. Tenía que ser algún extranjero. Gotthelf peinó su memoria buscando entre todas esas reuniones, comidas, recepciones y demás actos a los que había asistido y después de unos minutos...

—¡Marianne! —gritó a través de la puerta a su secretaria.

Marianne sabía que cuando al jefe se le olvidaba usar el interfono que tenía encima de la mesa para llamarla, solía tener prisa o estar nervioso, por lo que se apresuró a entrar en el despacho preguntándose qué sería esta vez.

—¿Recuerdas la recepción de hace unos meses en el Hotel Alden? —preguntó.

La joven asintió con la cabeza. Había sido el acto social más importante del año y el jefe, aunque jamás lo admitiría, le daba mucha importancia. Eran uno de los mejores sitios para hacer negocios.

—Estuve hablando con un español. No recuerdo su nombre pero necesito que lo localices. No debería de ser muy difícil. Era uno de los pocos españoles presentes y no tenía ningún cargo importante. Era una especie de asesor.

Marianne volvió a asentir y, deduciendo que el jefe no quería nada más, se dio la vuelta para dirigirse a su mesa.

Sabía que en ese momento los ojos de Gotthelf dejarían los papeles de su mesa para mirarla a ella, pero no le importaba. El jefe estaba felizmente casado, tenía dos hijos y todo el derecho del mundo a mirar lujuriosamente a su joven y sexy secretaria, que sabía perfectamente que jamás cruzaría esa línea. Además, ella solo tenía ojos para su prometido, Jean-Paul, capitán de la Guardia Suiza, y ninguna necesidad de *affaires* con magnates.

Gotthelf era un buen jefe, pagaba bien y Marianne sabía que por muy guapa que fuera, si no se le diese bien su trabajo no la habría contratado.

Y ahora a localizar a ese español. Curioso el encargo que le había hecho el jefe. Pero también era el tipo de trabajo que le sacaba de la monotonía y eso siempre se agradecía. Marianne se sentó en su mesa sin saber que en ese mismo instante Gotthelf se abstraía pensando en cómo hasta el nombre de la secretaria irradiaba sensualidad. No es que fuese a hacer nada al respecto claro...

—Buenas tardes, *monsieur* Reyes.

—Buenas tardes, Pierre.

El hotel Rocco Forte de Bruselas era el mejor de la ciudad y Pierre un viejo conocido.

—¿Algo para mí? —preguntó mientras le daba su llave.

—*Oui, monsieur*, le han llamado de... Alps Tankers —dijo Pierre consultando su nota—. No han dejado mensaje, solo este número.

—Muy bien, gracias —contestó Reyes cogiendo el trozo de papel y dirigiéndose al ascensor mientras rebuscaba en su memoria. Alps Tankers... El nombre era tan obvio que no tuvo que pensar mucho: la compañía de superpetroleros suiza. El dueño era un tal Golfhead o algo así. Lo había conocido hacía no mucho en una recepción en el mismo Zúrich. Friedrich Gotthelf era el nombre. Unos sesenta años, alto y obviamente en forma en sus buenos tiempos. Ojos claros y pelo que un día fue rubio pero ya era casi todo blanco, sin embargo no se molestaba en teñirse como tantos otros. El suizo había sido amable y cortés, como todo buen hombre de negocios, pero había algo en el que decía claramente: soy frío, calculador, bueno en lo que hago y... sí, buena gente. Un tío «chapado a la antigua» era quizás la mejor definición. Habían hablado de nada en particular durante un rato y después el magnate había pasado a saludar a otros invitados.

¿Qué podría querer de Jaime Reyes Luzón el gran magnate suizo? Reyes dio un repaso a las habilidades que le habían llevado a la habitación de aquel hotel sin tener que preocuparse por los desorbitados precios. Había estudiado ciencias políticas y en seguida se había decantado por varios másteres en políticas de seguridad y defensa y en temas navales. Había sido asesor en varios gobiernos españoles de ambos partidos -justo en el nivel en el que eras importante pero no tenías que estar asociado al partido; nivel, por otra parte, en el que se quería mantener- y en varias organizaciones internacionales. OTAN, ONU, Unión Europea. El nombre daba igual mientras el sueldo fuese bueno y pudiera dedicarse a lo que le gustaba. Y sin ataduras. De ahí su amplia experiencia y renombre. Pero, ¿eso qué tiene que ver con la naviera suiza?

Reyes decidió que la única manera de averiguarlo era llamar. Nunca se había cerrado a extrañas situaciones como aquella y siempre le había ido bien. Quizás se estaba adelantando al pensar que era una oportunidad. Podía ser una llamada para intentar venderle unas acciones o preguntarle de donde era la corbata que había llevado a aquella recepción. Los ricos muy ricos tienen una tendencia a ser extravagantes. Pero no Gotthelf. Su breve charla había sido suficiente para desvelar eso. En ese caso, solo podía tratarse de una oferta de empleo y sin duda una suma cuantiosa a cambio. El suizo era el tipo de hombre que valoraba el trabajo bien hecho y Reyes no era el mejor en lo suyo por casualidad. Sin embargo, eso le devolvía al punto de partida. ¿Para qué?

Las nada comunes habilidades del alicantino estaban pensadas para servir a gobiernos u organizaciones internacionales, no a empresas privadas. A Reyes le gustaba imaginarse como un estratega moderno. Sin uniforme, pero diseñando las políticas que ayudaban a Occidente a mantener su control. ¿Era Gotthelf un apasionado de la historia militar que quería compartir sus visiones sobre la posición geoestratégica mundial con un profesional? Demasiado rebuscado. Y aún por mucho que rebuscaba no lograba encontrar una respuesta adecuada.

Bueno, concluyó Reyes ya en su suite y marcando el número que le había dado Pierre. Sea lo que sea estoy a punto de enterarme.

Tras un par de tonos alguien al otro lado descolgó el teléfono y una voz que no pudo más que definir como «sexy», por mucho que no se trate de un calificativo para voces, respondió.

—*Mr. Gotthelf's office, how can I help you?*

Inglés... una oficina acostumbrada a recibir llamadas internacionales, o un teléfono que mostraba el prefijo de la llamada entrante. O cualquier otra explicación de un millón de posibilidades. El alicantino decidió responder en el mismo idioma, por educación y por comodidad. Era extremadamente poco probable que esa voz sexy al otro lado del teléfono hablase español y él se podía desenvolver en inglés como pez en el agua, y con un acento completamente neutro, resultado de intensas y caras clases y de práctica habitual con personas de distintas procedencias.

—Buenos días, soy Jaime Reyes Luzón, he recibido una llamada suya.

—Ah, señor Reyes —contestó la voz sexy—. Buenos días, soy Marianne, la secretaria del señor Gotthelf. Un momento por favor y en seguida le paso.

Mientras Reyes ponderaba sobre cómo en cada país pronunciaban su apellido de una manera distinta (y nunca del todo bien), unos cientos de kilómetros al sureste, Marianne se levantó de su mesa y se dirigió al despacho del jefe. Sabía que Gotthelf prefería el cara a cara antes que el interfono.

—Señor Gotthelf —dijo—, el señor Reyes al aparato.

—Pásamelo.

—Buenos días —saludó Reyes poco después.

—Buenos días, soy Friedrich Gotthelf, de Alps Tankers. Nos conocimos aquí en Zúrich en primavera...

—Sí, señor Gotthelf —dijo el español—, me acuerdo perfectamente. ¿Cómo están su esposa y sus dos hijos?

Reyes sabía que el esfuerzo memorístico había merecido la pena. A todo el mundo le encanta saber que su interlocutor le

recuerda, y qué mejor prueba que mencionar el encuentro anterior o algún dato conocido. El suizo estaría felicitándose a sí mismo por su importancia; un hombre con el que charló durante media hora se acordaba de él e incluso de su familia, por poco que la hubiese mencionado. El magnate se estaría llevando la impresión de que dejó huella en Reyes y siempre es bueno que tu jefe se sienta importante. Aunque solo fuera un jefe en proyecto. O ni siquiera eso.

—Muy bien, gracias —contestó un sorprendido Gotthelf—. Espero que usted también —dijo, esperando no desvelar que él no se acordaba de si el español tenía familia o no.

Aquello también ponía a Reyes en ligera ventaja, pues su interlocutor estaba algo sorprendido y claramente deseaba haber podido devolver tan cordial saludo. Y tal y como había previsto y deseado, el suizo se dejó de rodeos y fue directamente al grano.

—Tengo un proyecto entre manos y me gustaría contar con su asesoramiento.

—¿Puedo saber de qué se trata, señor Gotthelf? —contestó Reyes sin intentar ocultar su curiosidad. Aún no había conseguido averiguar qué se traía el magnate entre manos y tenía que admitir que se moría de ganas de saberlo.

—Preferiría discutirlo en persona, si no le importa —contestó el suizo.

—Para eso, señor Gotthelf, puede que necesite algunos datos o papeles y me va a ser imposible obtenerlos a tiempo si no me da una pista.

—Digamos, señor Reyes, que últimamente estoy muy cansado de la *Jolly Roger* —contestó el suizo, disfrutando del desconcierto del español—. ¿Podemos vernos?

—Estaré allí mañana. Que tenga un buen día —contestó Reyes, sabiendo que el suizo le había convencido antes siquiera de hablar con él.

Después de colgar el teléfono, el alicantino se tumbó en la acolchada cama bocarriba y con los brazos estirados, en lo que definía como la posición ideal para pensar.

«Así que piratas».

De repente, todo empezó a cobrar sentido. El magnate había pagado hacía muy poco un rescate por uno de sus petroleros. Reyes no podía recordar el nombre, pero sabía que todos se llamaban como picos de los Alpes Suizos. En cualquier caso el nombre no importaba. No era la primera vez que Alps Tankers pagaba un rescate a esos piratas somalíes. Mientras una vocecilla acusadora le decía que debía haberse acordado, la parte consciente de su cerebro seguía sin ver la relación.

Estaba claro que el suizo quería proteger sus barcos, pero ese no era trabajo para él. Había varias compañías que se estaban dedicando al tema tanto con asesores como con medios humanos y materiales. ¿Había confundido sus credenciales? Reyes sabía que era poco probable. Gotthelf era el tipo de hombre acostumbrado a hacer las cosas bien y no dejarse poner en evidencia. Si quería hablar con él era por una razón, por mucho que no consiguiera descifrarla.

En cualquier caso, decidió Reyes acomodándose delante de su portátil, tengo que ponerme al día en el tema. Sabía que no le iba a costar. Ya lo había tocado varias veces en la OTAN y en la Unión Europea. Y pensando en la OTAN... tengo que hacer unas llamadas para avisar de que no voy a estar disponible un tiempo. Eran las ventajas de ser el mejor. Para Reyes el contrato ideal era el que no le ataba definitivamente. Poder ir de aquí para allá era parte de su personalidad y le abría oportunidades como aquella.

Mientras sacaba el billete para el vuelo directo de la mañana siguiente, no pudo evitar recordar la voz de la secretaria. Con suerte al día siguiente la conocería. Su subconsciente había llegado a la conclusión de que una voz así solo podía estar acompañada por un cuerpo a medida y una de las ventajas de estar soltero a los 42 era no tener remordimientos al pensar en cualquier jovencita. Quién sabe. Incluso podía llegar a intentar cortejarla. El alicantino sonrió mientras recordaba sus tiempos de galán.

Siempre le había gustado Suiza. Tenía paisajes que parecían sacados de una película. O eso o es que la mitad de las escenas de paisajes naturales se rodaban allí. Le encantaba España, pero los valles rodeados de picos nevados, de praderas verdes y de cielos azules no se encontraban en su Alicante natal. Ni en ningún otro rincón del país.

Reyes aprovechó el trayecto en taxi desde el aeropuerto de Zúrich para repasar la información que había recopilado el día anterior. Los tres asaltos a los barcos suizos habían sido similares. Los piratas habían atacado de noche, consiguiendo acercarse hasta el costado de los enormes buques petroleros con varios esquifes, supuestamente lanzados desde un barco nodriza que aún no se había podido identificar. Ni siquiera se sabía si había sido la misma organización la que había cometido los ataques.

Nada más lograr el control del buque los piratas habían puesto rumbo hacia aguas territoriales somalíes y, específicamente, hacia el sur del país; la zona sobre la que el gobierno no tenía control. En dos de los casos los barcos de guerra que patrullaban la zona no habían tenido tiempo de reaccionar antes de que el superpetrolero alcanzase aguas somalíes y en el otro los piratas habían logrado tomar el barco sin alertar a la tripulación, dándolo a conocer a la naviera al día siguiente. En cualquier caso, en cuanto los piratas tomaban los petroleros daban un aviso radio por el canal 16, el canal internacional de emergencias en la mar, asegurando que dispararían a un rehén si cualquier barco se acercaba a ellos.

En el primero de los secuestros, hacía ya casi dos años, una fragata francesa se aproximó al petrolero para intentar hacer uso del equipo de operaciones especiales que llevaba a bordo. Entonces los piratas contactaron con ellos por radio y dispararon a un rehén. Cuando los franceses oyeron por radio el disparo y los gritos, abortaron inmediatamente la operación. Por suerte el disparo fue en la pierna y el marinero fue atendido tras el pago del rescate al día siguiente, salvándose sin mayor problema. Sin embargo, desde entonces nadie se había atrevido a recuperar por la fuerza un barco capturado.

El procedimiento habitual era que los piratas fondearan el barco en alguna playa protegida y esperaran el pago del rescate mientras mantenían a los rehenes constantemente encañonados para asegurar que nadie intentaba liberarlos por la fuerza. En otros casos, los piratas habían cometido algún error del que se había aprovechado algún equipo de operaciones especiales americano, inglés o francés. Pero no en los casos del señor Gotthelf.

Después del pago, los piratas huían del lugar dejando a los rehenes a bordo y amenazando volar el barco por los aires si alguien les seguía. Poco después desaparecían en el caos del sur del país africano. Las amenazas de bomba no siempre habían sido ciertas, pero nadie iba a jugar con la vida de unos rehenes, y menos aún después de haber pagado el rescate.

Estaba claro que los piratas sabían lo que hacían. Tenía que haber alguien detrás de todo planeando. De eso estaba seguro. La mejora de sus medios provenía del dinero de los rescates, pero el dinero no es nada si no sabes dónde ni cómo gastarlo. Además sus técnicas eran cada vez más depuradas; hacía unos años nadie se habría imaginado a un grupo de somalíes drogados tomando un barco sin alertar a la dotación. Ni que fueran los *Navy Seals* americanos. Estaba claro que habían recibido adiestramiento más o menos específico y que, al menos algunos, dejaban el *khat* en tierra.

Otro hecho en el que se había fijado el asesor era en la rapidez con la que Gotthelf pagaba los rescates. Normalmente al día siguiente. Por un momento una idea loca cruzó su mente. ¿Asociaciones ilícitas de magnates suizos con piratas para burlar a las compañías de seguros? Pero en seguida la descartó. Lo poco que conocía a Gotthelf era suficiente para saber que no se asociaría con piratas. O eso creía.

El magnate suizo era un hombre acostumbrado a ganar, pero precisamente por eso debía de saber perfectamente cuándo había perdido. Y probablemente preferiría quitárselo de encima

rápido. Y evitar problemas mayores. Sin embargo, tres veces en veinte meses era demasiado y por eso había decidido contratar un asesor en materia de seguridad y defensa, aunque Reyes aún no había conseguido adivinar para qué.

Tres veces en veinte meses. Eso era otra cosa que le había llamado la atención. Había repasado el resto de asaltos en aguas somalíes y ninguna otra compañía había tenido unas pérdidas tan grandes. En el único otro superpetrolero que se había capturado había habido una combinación de suerte de los atacantes con ineptitud de la dotación. Los piratas, completamente drogados, habían conseguido nadie sabe cómo abordar el barco, subiendo al puente y encontrándose al oficial dormido y solo; había mandado al timonel a la cama. Reyes recordaba cómo, extrañado, le había preguntado a un amigo de la Marina Mercante por el comportamiento del marino y éste le había respondido que si bien no era común, tampoco era la primera vez que escuchaba que un oficial mandaba a su marino a la cama y luego se quedaba dormido en el puente. Los piratas de aquella ocasión habían sido tan poco cuidadosos que habían varado el barco antes de fondearlo. Probablemente ningún pescador acostumbrado a cayucos de siete metros había sido capaz de imaginar que un superpetrolero tenía veinte de calado.

Y apenas había habido apresamientos de buques de ese tamaño. Picado por la curiosidad, Reyes había consultado las características de los buques de la naviera suiza. Más de trescientos metros de eslora y casi cincuenta de manga. También había comprobado como las últimas obras en el Canal de Suez permitían el paso de estos gigantes. Estaba claro que no todo el mundo puede pilotar un barco de esas características. Los piratas tenían que tener alguien con unos mínimos conocimientos.

También era cierto que Alps Tankers era con diferencia la compañía que más barcos de esas características tenía en la zona, pero aún así la proporción no se mantenía.

¿Qué tenía la naviera suiza que atraía piratas eficaces? ¿Sería casualidad?

Mientras se bajaba del taxi, Reyes esperaba que el encuentro con el señor Gotthelf arrojase algo de luz sobre el asunto.

Dos horas después, aseado y cambiado, entraba en el ascensor del edificio de Alps Tankers y pulsaba el botón que le había indicado la recepcionista. Traje gris oscuro de su sastre de Madrid, camisa azul y corbata roja con rayas blancas. Zapatos negros de Fratelli Rosetti relucientes. Si hubiese sido una ocasión más social, quizás se habría puesto una corbata verde a juego con sus ojos. Sabía que sus ojos habían conquistado a más de una jovencuela en sus tiempos mozos y aún podían atraer más de una mirada. El resto de su cuerpo, pensó desanimado, había cambiado bastante más. Todo el mundo notaba la edad y él no era una excepción. Unos diez o quince quilillos más hacían que ya no se sintiera orgulloso en la playa y las arrugas no perdonan a nadie. Sabía que si no era por los ojos heredados de su madre no llamaría la atención. Barriguita de cuarentón, estatura media, rasgos faciales más que comunes en el Levante español y pelo oscuro. Por supuesto se cuidaba: siempre bien afeitado, peinado y con un toque de colonia. Pero ya no era lo mismo.

«En cualquier caso», pensó Reyes «no estoy aquí para ligar. Estoy aquí para dedicarme a lo que me gusta. Y nadie lo hace como yo».

A la salida del ascensor le estaba esperando una jovencita.

—Buenos días, señor Reyes —le saludó—, bienvenido. Por aquí por favor.

Veintimuchos, alta y delgada aunque, notó agradecido mientras Marianne se daba la vuelta, no tanto como a algunas les gusta. Rubia de ojos azules con la piel clara, y rasgos delicados. Llevaba unas gafitas de esas que algunos definen como «de secretaria sexy». Probablemente podría haber sido modelo si hubiese querido. Era el estereotipo de mujer nórdica con la que muchos latinos sueñan. Llevaba un conjunto de falda, camisa y tacones que decía «estoy trabajando y soy profesional pero me gusta seguir estando guapa».

Reyes la siguió por un amplio pasillo decorado con gusto y mucha clase. Estaba claro que al señor Gotthelf le gustaba cuidarse y que disfrutaba de las cosas buenas de la vida. Le pareció reconocer la mano de algún pintor famoso en alguno de los cuadros de las paredes.

Al final del pasillo, justo después de una mesa con dos ordenadores y varios teléfonos que debía de pertenecer a Marianne, había una puerta de caoba a la que la secretaria llamó antes de entrar y anunciar en alemán:

—*Herr Reyes.*

Tras esto se hizo a un lado y dejó pasar al español. El despacho mantenía la línea del pasillo; Reyes estaba seguro de que valía más que todo su chalet a las afueras de Madrid. Y eso que a él también le gustaba cuidarse.

Al fondo, tras una mesa de roble y sentado en un sillón de cuero, el señor Gotthelf le observaba tranquilo. Cuando se levantó para saludarle, Reyes no pudo dejar de notar que el sillón estaba personalizado. Había oído hablar de ellos, pero nunca los había visto. Se tomaban medidas al usuario para obtener la forma de su cuerpo y se hacía un sillón o silla a medida. Para el dueño era el más cómodo del mundo mientras que para el hombre de al lado podía ser tan incómodo como una silla de tortura. El alicantino descartó inicialmente el valor que creía recordar que tenían, pero un segundo vistazo a su alrededor le hizo recapacitar. Si había un hombre que podía permitírselo era aquel.

—¡Bienvenido a Zúrich, señor Reyes! Espero que haya tenido un vuelo agradable.

—Sí, sin contratiempos —contestó.

Viajar en primera clase suele tener esa ventaja.

—Antes de todo querría disculparme por hacerle venir tan de repente —dijo el magnate—, pero, si no me equivoco, no se arrepentirá de su decisión.

—No se preocupe —contestó el español—, uno se acostumbra a viajar.

«Y desde luego usted no se arrepiente de haberme hecho venir...», pensó.

—Estoy seguro. Siéntese por favor —dijo Gotthelf señalando unos sofás a un lado del despacho—. ¿Le apetece tomar algo?

—Sí, claro. ¿Güisqui?

El suizo le miró detenidamente un instante, pero le sirvió una copa sin hacer ningún comentario. Él no tomó nada.

Reyes se alegró de que Gotthelf hubiese elegido los sofás en lugar de las sillas con la mesa del despacho en medio. Sin el obstáculo físico del escritorio y en la comodidad de los sofás, la conversación iba a ser menos formal. Y con un güisqui soberbio en la mano, un auténtico placer.

—Al grano entonces —dijo Gotthelf—. Imagino que después de nuestra conversación de ayer sabe por qué está aquí. Me gustaría que me diera su opinión sobre el tema.

—Muy bien, señor Gotthelf. Alps Tankers ha tenido que pagar tres cuantiosos rescates en los últimos dos años para salvar a sendos barcos y tripulaciones capturados por piratas somalíes. Usted ha pagado los rescates prontamente para evitar mayores problemas como el del marinero del primer caso... el Aletschhorn si mal no recuerdo.

El magnate suizo asintió con la cabeza, animándole a seguir.

—En los tres casos, los piratas han demostrado medios y habilidades que hasta entonces no se les atribuían y no han cometido ni un solo error, que sepamos. Esto demuestra que tienen adiestramiento y dirección especializados. Además, cuentan con medios materiales y humanos específicos.

El suizo continuó asintiendo mientras Reyes alcanzaba el punto que, ambos sabían, les desconcertaba a los dos.

—Y por alguna razón o casualidad, sus barcos parecen ser uno de sus blancos preferidos —concluyó Reyes, buscando alguna reacción en el rostro de su interlocutor.

Pero no hubo ninguna... «Podría ser un buen jugador de póker», pensó el español.

—Hasta ahora —dijo el suizo—, completamente de acuerdo con usted. Y permítame que me congratule, pero no todos los días alcanza uno las mismas conclusiones que el mayor experto en la materia. Lo único que debo añadir es que los pagos rápidos no solo evitan heridos, sino también toneladas de crudo en el mar o demasiada publicidad que afectarían negativamente a mi compañía. Prefiero pagar rápidamente y que a esos buitres de las cadenas de noticias no les dé tiempo a darse un festín con mi desgracia. A los jeques del petróleo no les agradaría saber que su transportista tiene problemas —añadió el suizo—. Sobre todo me alegro porque usted, aunque no lo ha querido decir con palabras, también intuye que hay algo más que simples piratas detrás de todo esto.

Esta vez le tocó asentir a Reyes. Y sonreír levemente. Le gustaba cómo estaba yendo la conversación. El empresario huía de dobles sentidos y similitudes; hablaba claro y directo, no tenía miedo de decir lo que pensaba y le miraba a los ojos mientras lo hacía.

—Bien, señor Gotthelf —dijo el alicantino—. Ahora que hemos establecido las bases, me gustaría saber qué es lo que quiere exactamente de mí —dijo Reyes, deseoso de averiguar por fin el motivo de su posible contratación. «Probable mejor dicho», pensó mientras sonreía para sus adentros.

El suizo sonrió de oreja a oreja -era curioso cómo casi le desaparecían los ojos- y dijo:

—Imagino que está un poco perdido —dijo y, al inclinar ligeramente la cabeza el asesor, continuó—. ¿Sabe qué tienen en común Morgan, Drake, Lafitte, Surcouf y sus compatriotas Íñigo de Artieta y Mateo Mainery?

El alicantino, más perdido aún, tuvo que decir que no, a lo que Gotthelf contestó:

—Yo tampoco; hasta hace poco. La verdad es que nunca he sido muy aficionado a la historia, pero cuando se me ocurrió esta idea estuve rebuscando por internet y descubrí que hace muchos años

la guerra no solo la hacían los militares profesionales, sino que también había unos señores que se dedicaban a luchar por dinero.

Y durante los siguientes minutos le explicó su idea como un niño muestra orgulloso su bici nueva. Al acabar le preguntó:

—¿Qué le parece?

—Bueno señor Gotthelf, desde luego no es nada habitual.

El español pensó lo más rápido que pudo.

—Lo primero que va a necesitar —continuó—, es alguien con conocimientos de derecho marítimo e internacional. Debe averiguar si se puede hacer y, en ese caso, cómo. Lo segundo, va a necesitar alguien que le proporcione un barco y una dotación, además de una mente pensante para organizarlo todo.

El suizo sonrió.

—Esperaba que ese pudiera ser usted —dijo.

—¿Yo? —contestó Reyes sorprendido.

Desde luego no lo había visto venir. Durante los últimos minutos había pensado que el empresario querría su opinión y que después contrataría a gente para llevar a cabo el proyecto. Él no era un actuador. Era un pensador. Ponía las ideas y otros las ejecutaban.

—¿Cree que no es el hombre adecuado para el puesto? —dijo el suizo, que parecía adivinar sus pensamientos—. Sin embargo, yo creo que es el hombre ideal. Obviamente nunca ha hecho nada parecido. Pero eso es porque nadie lo ha hecho. Y con su experiencia y conocimientos sobre el tema creo que es usted sin duda el más indicado. Además, como supongo que imaginará, mi secretaria le ha investigado y no creo que nadie tenga más contactos que usted para los ámbitos en que los necesito. Ha trabajado prácticamente para toda organización o gobierno que pudiera requerir sus servicios y por los contratos que le siguen ofreciendo no ha dejado mal sabor de boca.

Reyes no podía dejar de pensar que por segundo día consecutivo el suizo le había convencido antes de decir la primera palabra. ¿Era por Gotthelf o por la novedad de lo que le proponía? En cualquier caso Reyes sabía que en su búsqueda de

nuevas experiencias y retos jamás encontraría uno tan atractivo como éste.

—¿Qué me dice? —preguntó el empresario.

—Cuenta conmigo —contestó el español sin pestañear.

Se estrecharon las manos entre sonrisas y Reyes no pudo evitar decir:

—Señor Gotthelf, antes le he dicho que necesitaría un abogado y un organizador. Sin embargo, también va a necesitar mucho dinero.

—Mejor esto que seguir pagando rescates —contestó el suizo mirándole fijamente.

Reyes tuvo que admitir que tenía razón, al mismo tiempo que pensaba que el dinero probablemente sería el menor de los problemas.

—Bien señor Reyes, estoy ocupado durante el resto del día. ¿Le parece bien que nos veamos mañana? Así tendrá tiempo de pensar y podremos planear más concretamente. Por lo demás, me atreví a adelantarle a mi secretaria sus honorarios; me imaginé que sería incapaz de rechazar mi oferta. Espero que los encuentre de su agrado.

El español no tenía ninguna duda de que así sería y su cara debió mostrarlo porque el suizo continuó:

—Mañana, entonces. Espero que tenga un buen día y bienvenido a bordo —dijo con voz pomposa, deleitándose en su ingenioso comentario de doble sentido.

Reyes ya se dirigía a la puerta cuando oyó:

—Por cierto señor Reyes, su estancia en Suiza corre de mi cuenta. Espero que la disfrute.

El español sonrió e inclinó levemente la cabeza en señal de reconocimiento. Así daba gusto.

A la mañana siguiente, con los mismos relucientes zapatos pero otro traje, camisa y corbata, Reyes llegaba puntual al despacho de Gotthelf. Puntual pero lleno de dudas y preguntas. Había estado

todo el día anterior meditando el plan del suizo. Tenía que admitir que era novedoso, inteligente e intrépido, pero iba a requerir mucho trabajo e improvisación. Lo peor de todo es que había muchas cosas que iba a necesitar que no sabía si se podían conseguir o cómo conseguir las. Y era consciente de que, por supuesto, había muchas cosas que aún después de un día de meditación no se había dado cuenta de que iban a ser necesarias.

Una de las ventajas de su trabajo era que no tenía porqué pasar el día delante del ordenador. Había aprovechado para pasear por el casco antiguo. Calles como Bahnhofstrasse explicaban porqué la tercera fuente de ingresos de la ciudad era el turismo. También había pasado por la catedral de Grossmünster, que mandó construir Carlomagno hacía ya mil años.

Su primera preocupación eran las complicaciones legales. Reyes esperaba que el suizo no pretendiera que se encargara él del tema legal también. Por supuesto, había estudiado algo de derecho y tenía conocimientos más que necesarios para desarrollar su trabajo, pero lo que el empresario proponía era tan novedoso que la reacción inicial de cualquier gobierno, organización o tribunal iba a ser reacia.

Necesitaban alguien versado en derecho que además fuese atrevido y tuviese la capacidad de rebuscar en las leyes de varios países. Puede que también necesitasen alguien con capacidad de negociar con más de un gobierno.

En principio, esas eran las necesidades que escapaban de su ámbito. El resto del plan sería su responsabilidad. Y la otra mitad de la tarde anterior la había dedicado a estudiar cuáles iban a ser sus primeros -y más importantes- pasos.

Obviamente, lo primero iba a ser el barco. No había necesitado mucho tiempo para concluir que el tipo de barco que usaban las marinas de guerra era más o menos el adecuado. Evidentemente no iban a necesitar nada de lo que estaba pensado para conflictos de alta intensidad: radares tridimensionales, misiles, todo lo relacionado con la guerra antisubmarina y muchas otras cosas les

sobraban. Necesitaban una especie de patrullero grande. Pensado específicamente para la lucha contra la piratería. Velocidad de crucero y punta altas, un buen radar de superficie, armamento ligero y portátil, helicóptero, embarcaciones menores rápidas y con capacidad para transportar un buen equipo de abordaje.

Quizás estaba siendo demasiado ambicioso, pero era la única manera de llegar a alguna parte. Como dicen los futboleros, saliendo a empatar, sueles perder.

Además de todo aquello, iban a necesitar un astillero para hacerle al barco las modificaciones necesarias. Esto podía ser especialmente importante si se veía obligado a utilizar el plan B: convertir un barco pesquero o mercante. Inicialmente había descartado ésta opción porque sabía que no daría buen resultado. Cosas tan complejas como los barcos solo rinden bien cuando se les utiliza para aquello para lo que han sido concebidos. Además, le iba a ser casi imposible encontrar un barco que cumpliera los requisitos que necesitaba. No era tan fácil como montar unos pocos sensores y armas en cualquier plataforma.

La última opción, casi descartada, era partir de cero. Diseñar y encargar su propio barco. Sabía que aquello llevaría varios años como mínimo y estaba seguro de que el señor Gotthelf no estaba dispuesto a esperar tanto.

Reyes supo que había llegado a un punto muerto. Los dos planes secundarios eran poco o muy poco prácticos mientras que el principal... cualquiera con dos dedos de frente sabía que las marinas occidentales no iban por ahí vendiendo sus barcos a empresas privadas. Y mucho menos sus barcos modernos.

Y aquello, pensó Reyes mientras entraba en el suntuoso despacho, era solo el primer problema. Ni siquiera se había parado a pensar en la dotación o el avituallamiento.

Dentro le esperaba Gotthelf, que se apresuró a introducir a su acompañante.

—Este es Ronnie Egger, mi abogado —dijo—. Le he estado comentando nuestra idea y cree que podría llevarse a cabo.

Egger era quizás cinco o seis años más joven que Gotthelf, bajito y regordete con una cara que cualquiera hubiera etiquetado como la de un pastelero. Las arrugas de la cara denotaban que se trataba de una persona de risa fácil y algo detrás de esas gafas decía «soy afable y agradable; me gusta la tranquilidad».

—Ronnie ha estado conmigo desde que empecé en los negocios —dijo Gotthelf—. Me ha sacado de más de un apuro legal y, aunque nunca ha querido irse a uno de esos bufetes de abogados, ha ganado todos los pleitos que hemos tenido. Quizás lo que le pago tenga algo que ver con su lealtad —sonrió Gotthelf—, aunque creo que tiene más que ver con la estabilidad.

Reyes estrechó la mano del picapleitos, aliviado al saber que Gotthelf pensaba como él. Necesitaban a un profesional de la ley. Y si el magnate creía que aquel Egger era el hombre adecuado, probablemente tendría razón. Al fin y al cabo para el otro trabajo lo había elegido a él.

—He creído conveniente que Ronnie estuviera presente. Necesitará saber exactamente qué pretendemos hacer y además podrá resolver nuestras dudas legales.

«No puedo estar más de acuerdo», pensó el español. «Probablemente nos vaya a ser de gran ayuda».

—¿Entonces no cree que estemos locos? —preguntó Reyes al abogado—, ¿realmente cree que se puede hacer?

—Está claro que no será fácil —contestó Egger—, y que va a haber que rebuscar e incluso hacer alguna triquiñuela, pero ¿por qué no? Aún hoy en día existen compañías como Blackwater y sus sucesoras que se dedican a hacer servicios que hace algún tiempo los hubiesen definido como mercenarios. ¿Por qué no en el mar? Lo primero que se me vino a la cabeza cuando el señor Gotthelf me explicó el plan fue probablemente lo mismo que a ustedes. Va a hacer falta conseguir permiso para actuar en territorio somalí. Además, también necesitaremos una *letter of marque*.

Reyes sonrió para sus adentros. Sabía que si no hubiese sido previsor le habrían pillado, pero el mismo día anterior había buscado como se decía «patente de corso» en inglés.

—Como se imaginarán —continuó el abogado—, los países europeos renunciaron a contratar corsarios. En la Declaración de París de 1856 para ser exactos. Y otros países como Estados Unidos en las Conferencias de La Haya de 1899 y 1907. Por lo tanto, podemos descartar que algún país occidental apoye nuestra empresa de manera tan decisiva. Si estuviesen dispuestos a apoyar las medidas que nosotros proponemos, las tomarían ellos mismos con sus propios medios.

Egger hizo una pausa. Parecía querer asegurarse que entendieran lo complicado de la situación.

—Parece que hemos llegado a un callejón sin salida —sonrió el abogado—. Sin embargo, puede que podamos matar dos pájaros de un tiro.

Otra pausa.

—El gobierno somalí es el único capacitado para concedernos tanto el permiso de actuación en su territorio como la patente de corso.

Y una vez más se detuvo en un gesto que Reyes entendía como su forma de dar dramatismo al tema.

—Sin duda, caballeros —continuó Egger una vez sus interlocutores habían asimilado su propuesta—, se preguntarán si se me olvida que Somalia es, al fin y al cabo, un estado fallido y que el gobierno apenas tiene poder. Sin embargo, este nuevo gobierno está empezando a ser reconocido por los países occidentales. Con esto y algo de publicidad positiva que ponga al ciudadano occidental de a pie de nuestro lado, no tendremos oposición alguna. Tenemos que hacer ver que al fin y al cabo Somalia no está haciendo más que proteger sus propios intereses.

A Reyes le estaba gustando el plan de Egger, pero aún veía un problema.

—¿Tenemos la capacidad de ponernos en contacto y negociar con el gobierno Somalí? —preguntó a Gotthelf.

El empresario sonrió y dijo:

—Déjeme eso a mí.

Y por segunda vez en la mañana, esa sensación de alivio. Tenían al hombre de leyes y al negociador de altas esferas. «Parece ser que soy el único que queda por ponerse manos a la obra», pensó.

Una vez solucionado el tema legal, el español sabía que le tocaba a él.

—Por mi parte, señor Gotthelf —dijo—, creo que tengo un primer borrador de lo que necesitaremos.

Pasó a explicar qué tipo de barco pensaba que era ideal y las opciones que hasta el momento barajaba. Para concluir dijo:

—Creo que mi trabajo aquí ha terminado así que, si le parece bien, me marcho para España, donde mis contactos son los más adecuados para el trabajo que me espera.